

**“BENEDICTUS MONTES AMABAT”
HISTORIA DE LA FUNDACION DEL MONASTERIO DE
LA SMA. TRINIDAD DE LAS CONDES, CHILE.**

Una “gran familia”

En la historia de la fundación del monasterio de Las Condes se entreveran tan novelescamente la historia monástica con el destino de una gran familia chilena, que el cronista debe cohibir sus sentimientos para no componer una narración más bien literaria que histórica. El punto de partida y el impulso permanente del laborioso proceso que finalmente cristalizara en la fundación del cenobio de Las Condes lo constituye sin lugar a dudas una mujer santa, su esposo y sus hijos. Dos extensas biografías existen de Amalia Errázuriz de Subercaseaux (1860-1930), sobrina del historiador y arzobispo de Santiago de Chile D. Crescente Errázuriz (1840-1931) y madre del primer benedictino chileno, D. Pedro Subercaseaux Errázuriz (1880-1956)¹⁷¹ y ella misma es autora de varias obras¹⁷². La inscripción sobre su lápida mortuoria proclama: “Perfecta como esposa y como madre, eximia por su amor a la Iglesia y al prójimo, derramó su bondad y sus dones hasta que descansó en la paz de Cristo y de los santos”. Ramón Subercaseaux, con el cual se desposara en el año 1880, iba a ser Ministro de Relaciones de Chile y más tarde embajador de la república de Berlín, Roma y el Vaticano. Era hombre de vasta cultura, dibujante y pintor de talento y compuso al final de su vida dos gruesos tomos de “Memorias”, que lo revelan como observador algo seco, pero bondadoso de la “grande vie” de Santiago y de Europa¹⁷³. Descendía de un oficial napoleónico que se estableciera en Chile después de las guerras de independencia y contara después de algunos años con bienes de fortuna. Los Errázuriz, en cambio, pertenecían al clan de las familias vascas que en el siglo XVIII desplazaron la antigua aristocracia castellana, empobrecida y diezmada por las guerras de Arauco. En la personalidad de D. Pedro se conjugaban tenacidad y realismo vizcaínos, sentido de las formas francés y piedad española. Fue su destino el ser aristócrata, también como pintor y monje. Esto condicionaba por un lado su arte –muy de su tiempo y de su clase social– y el esteticismo romántico de su ideal monástico; pero por el otro lado lo hacía capaz de magnanimidad –como su madre, siempre “estaba dispuesto a las cosas grandes y hermosas”– y le confería aquel don envidiable de evitar cortés y hábilmente los conflictos humanos, sin perder de vista su meta, que en último término siempre alcanzaba. De noble raíz era también su humor picaresco, su sentido del ridículo y su maestría en la caricatura. Pero por sobre todo le distinguía una modestia, muy escasa por lo general en esas alturas, que con el transcurso de la vida le imprimió cada vez más el sello de la humildad cristiana. Fue muy significativo que, por ejemplo, se olvidara completamente de sus bodas de plata sacerdotales, el 28 de junio de 1952, o –lo que es más probable– que perdonara el olvido de sus familiares y hermanos de religión. Al igual que su padre y su madre compuso antes de morir sus “Memorias”, en las que el sentido del humor corre parejo con la religiosidad profunda¹⁷⁴.

De sus hermanos, dos, Luis y León, siguieron, igual que su padre, la carrera diplomática. Luis Subercaseaux fue sucesivamente embajador de Chile en Lima, en el Vaticano y en Madrid. León trabajó en las embajadas de Roma y de Londres. Javier falleció a temprana edad. El menor de los hermanos, Juan, ingresó en 1910 al seminario pontificio de Santiago, estudió durante la

¹⁷¹ ALBERT KERN CSSR, *Amalia Errázuriz de Subercaseaux, mère, ambassatrice et apôtre*, Paris 1936. CARMEN VALLE, *Amalia Errázuriz de Subercaseaux*, Santiago 1940.

¹⁷² AMALIA ERRAZURIZ, *Roma del alma* (1910); *La Bienaventurada Ana María Taigi, Hija, Esposa y Madre ejemplar* (Santiago 1924); *Vida de la Virgen María contada a los niños* (Roma 1927).

¹⁷³ RAMON SUBERCASEAUX, *Memorias de ochenta años*. Santiago 1936.

¹⁷⁴ PEDRO SUBERCASEAUX. *Memorias*. Santiago de Chile 1962.

primera guerra mundial en el Colegio Pío-Latino de Roma y en la Universidad Gregoriana y fue nombrado, poco después de su regreso a la patria, rector del Seminario de Santiago. Su participación en la fundación benedictina iba a ser decisiva. En 1935 fue nombrado obispo de Linares, cuya catedral, inspirada en S. Ambrosio de Milán, fue obra suya, y en 1939, arzobispo de La Serena. Un accidente automovilístico puso fin a la luminosa trayectoria de su vida, privando al episcopado chileno de uno de los más esclarecidos apoyos de la vida monástica. De las hermanas de D. Pedro, tres fallecieron en la infancia. Sobrevivieron Blanca e Isabel. Blanca Subercaseaux de Valdés iba a ser la madre del primer obispo de Osorno, Francisco Valdés OFM Cap. y del Ministro de Relaciones del gobierno de Frei, Gabriel Valdés.

Niñez y juventud de D. Pedro

Pedro Subercaseaux, primogénito de D. Ramón y doña Amalia, nació el 10 de diciembre de 1880 en Roma, donde moraban por aquella época sus padres. Recibió el sacramento del bautismo en el baptisterio de la basílica de S. Pedro, de manos del P. General de los mercedarios, el chileno Armengol Valenzuela. No eran pocas las familias pudientes de aquellos años que gastaran sus rentas en las capitales de Europa, en especial, París. Alberto Blest Gana retrató sus destinos en su famosa novela “Los Trasplantados”. Doña Amalia supo evitar por su sabia y enérgica regencia de los asuntos domésticos todos los excesos de las familias chilenas desarraigadas. Incluso en París, donde los Subercaseaux vivieron entre 1887 y 1896, se esmeró en el estilo de vida sobrio y despojado de la patria. Convivían con ellos institutrices francesas y británicas para los niños, se hacían paseos en el Bois de Boulogne y se pasaban las vacaciones de verano en las costas del Atlántico; pero a la vez la fiel cocinera María Aldasoro, de la cual la familia jamás se separó, preparaba las empanadas y cazuelas tradicionales y al atardecer se rezaba el rosario y se hacían lecturas piadosas, como se acostumbraba en Santiago. Siempre había enfermos por visitar y pobres, para los cuales se tejían calcetas. Era uno de los principios pedagógicos de doña Amalia el que sus hijos aprendieran desde temprano a dar lugar en sus vidas a las personas necesitadas. Así lo había aprendido ella misma de su padre, D. Maximiano Errázuriz, que acostumbraba llevar a la niña a visitar los hospitales de Santiago y más tarde los de Roma y París. Se preocupaba personalmente del catecismo de sus hijos y velaba sobre los primeros pasos de su vida de oración. Día tras día recorría con ellos, en la lectura, el “Año litúrgico” de Dom Guéranger, les enseñaba la oración silenciosa ante el tabernáculo y visitaba con ellos las iglesias. A veces preguntaba a su hijo mayor si no sentía el deseo de servir a Dios como sacerdote, a lo cual éste invariablemente contestaba con un seco “No”. Entre 1891 y 1895 Pedro y su hermano Luis fueron matriculados en el colegio de los benedictinos ingleses en Douai, donde aprendieron la lengua de Shakespeare. D. Pedro siempre se acordaría con gratitud de aquel internado algo pasado de moda, pero frecuentado, en el cual había una disciplina paternal y bondadosa y se estimaban los deportes y el agua fría, pero su vocación a la vida benedictina no surgió en ese su primer contacto con los monjes de S. Benito.

Después de una peregrinación a Tierra Santa llena de vicisitudes (1895) y de una estadía de dos años en su hacienda de Chile, los Subercaseaux se encontraban en 1898 de nuevo en viaje hacia Europa: D. Ramón había sido nombrado embajador de La Moneda en Berlín y Roma. Eran los tiempos de oro del emperador Guillermo II cuando la familia se estableció en la embajada de Chile, en la Roonstrasse N° 3. Doña Amalia encargó sus vestidos de gala para la presentación en la corte berlinesa en las mejores tiendas de “haute couture” de París. En la recepción misma lo que más impresionó al joven Pedro fue el maestro de ceremonias en su rutilante librea, que con un bastón de plata ordenaba las largas colas que las damas arrastraban por el parquet imperial. Era sensible a toda aquella gloria, pero no tanto por su lado terreno y caduco como por la misteriosa “doxa” que intuía detrás de los oropeles. Por el mismo motivo su entusiasmo en las paradas militares no conocía límites. Especialmente lo impactó el desfile de los 25.000 hombres de la guardia de palacio. En sus memorias describe la profunda impresión que le produjeran aquellas fiestas del militarismo prusiano, pero al mismo tiempo aflora en él la burla y la ironía.

Doña Amalia apreciaba la misa diaria, aunque, como escribe en su diario, “no se podía recibir la Eucaristía por aquel entonces en Berlín, sino los domingos y días de fiesta”. Del mismo modo fomentaba la vida familiar. “Mucho antes de que hubiera ‘living-rooms’, escribe D. Pedro en sus memorias, acostumbrábamos pasar las tardes juntos en un cuarto espacioso”. En una mesa larga del medio se sentaban los hermanos mayores, leyendo o haciendo sus tareas; los menores jugaban sentados en el suelo y doña Amalia bordaba, tejía o tocaba el piano. A menudo los acompañaba D. Ramón leyendo o pintando. En esas horas solía rezarse también el rosario y se leía a continuación la vida de los santos del día o el trozo correspondiente del “Año litúrgico”. Pedro se esforzó por aprender “el bello pero difícil idioma de Goethe”. Mucho le admiraba que en alemán el sol fuera femenino y la luna masculina, pero se indignó cuando se enteró de que la más femenina de las criaturas, la mujer, “das Weib”, estuviera clasificada en el género neutro. Logró poder conversar en alemán y leer libros en aquella lengua y esto hasta el fin de su vida.

En la Real Academia de Bellas Artes de Berlín Pedro se formó como pintor y recibió diploma de tal. A pesar de que completó más tarde su formación artística en Roma y París, su arte se movería siempre en las pistas del realismo histórico de un Anton von Werner y de un Adolf Menzel. Logró hacer buenos retratos y pintó con talento, pero sin desviarse nunca de la exactitud fotográfica, batallas, escenas históricas y hagiográficas. En este estilo lo mejor de su arte lo dio sin duda en su extensa colección de la vida de san Francisco, seguida por la vida de san Benito. También pintó varias iglesias. Ni entonces ni más tarde se interesó por la pintura moderna, por los diversos “ismos” (expresionismo, cubismo, surrealismo, etc.), como se expresaba irónicamente. En materia de arquitectura prefirió toda su vida el románico italiano bizantinizante. Casi todo lo demás le parecía caduco y sujeto a las modas perecederas. Velázquez, Ingres, Rafael, los maestros del *Quattrocento* italiano integraban el canon estético por el cual medía toda obra de arte. Del mismo modo sus ideales monásticos se iban a mover siempre en el campo de las concepciones del siglo XIX; pero en este punto no se encontraba solo, sino que seguía las tendencias de los círculos monásticos de su época. A pesar de eso, D. Pedro tuvo siempre una actitud abierta y benigna para la generación más joven, aunque no pudo apropiarse sus gustos estéticos. Su muerte, ocurrida pocos meses antes de que la comunidad de Las Condes se trasladara al monasterio que actualmente ocupa, le evitó tener que vivir en un edificio del cual se hallaban desterrados los arcos del medio punto, las pesadas puertas de encina, los baldaquines y las lámparas votivas.

Matrimonio y soledad

Después de una estadía larga en Roma, la familia retomó a Chile en 1902, ocupando una vasta mansión campestre al Sur de Santiago. Como doña Amalia no cesaba de ser apoyo y consuelo para mucha gente a menudo había muchos huéspedes en casa. Las comidas, que se hacían en una especie de gran refectorio, se anunciaban con una pequeña campana que cuarenta años más tarde iba a servir para llamar al portero en el priorato de Las Condes.

Entre los visitantes se encontraba también la joven Elvira Lyon, con la cual doña Amalia congeniaba mucho. En 1906 iba a convertirse en esposa de su hijo Pedro. Este matrimonio correspondía a los más íntimos deseos de doña Amalia y es posible que ella contribuyera a concertarlo. “Me siento confundida de alegría”, anota en su diario el día del compromiso matrimonial, “el Señor le regala a mi hijo mayor tal felicidad y a toda nuestra familia una gran bendición”. Doña Amalia se había preparado a la recepción de esta bendición con una promesa que tendría un cumplimiento completamente inesperado. Su diario nos revela los pormenores:

«Cuando conocí a Elvira pedí a Dios poderle consagrar de modo especial a dos de mis hijos, si era su beneplácito darnos a Elvira como nuera. Ahora, que ella se ha convertido en esposa de mi hijo renuevo mi oración: “Recibe, Señor Jesús, los corazones de todos mis hijos, pero dos de ellos sean tu propiedad particular. Señálalos, Señor, con tu señal, imprimeles tu sello, que sean tuyos, haz con ellos lo que te plazca”».

Esta maravillosa oración de una madre magnánima iba a tener una realización aún más maravillosa: precisamente Pedro, el primogénito, iba a recibir, después de catorce años de convivencia matrimonial, el sello de Dios en la profesión monástica. Junto con él su hermano menor Juan, “le petit Jean” como lo llamaban sus amigos berlineses, iba a ser el otro consagrado.

El matrimonio de Pedro y Elvira, que se celebraría el 7 de abril de 1906, iba a ser feliz en una forma poco habitual. Aunque ninguno de los cónyuges se explayara nunca sobre aquellos catorce años, a nadie se le ocultó nunca la bendición y la paz que ambos irradiaban hacia toda la familia. No llamó mucho la atención que ambos comenzaran cada día con la asistencia a misa y la comunión, ya que aquello era buena tradición ancestral. Algo más notorio era el hecho de que marido y mujer trabajaran a menudo en la huerta, “silenciosos como dos cartujos” y que con igual frecuencia visitaran juntos a pobres y enfermos. Por las tardes, cuando Pedro se ponía a pintar, Elvira se sentaba a su lado conversando con él o leyéndole algunas páginas de un libro, siguiendo la tradición de doña Amalia. En el verano se retiraban por meses a su casita de Algarrobo. Poco a poco todo el mundo se había acostumbrado a este piadoso “idilio matrimonial”, como lo dio a llamar uno de los parientes.

En el año 1911 viajaron ambos a Roma y en esta ocasión D. Pedro pintó el retrato del Papa Pío X, que actualmente se encuentra en el Seminario pontificio de Santiago. En sus memorias describe cómo para dirigirse a la audiencia con el Sumo Pontífice viajó en tranvía, vestido de *frac* y con sus cajas y pinceles debajo del brazo, sin preocuparse mayormente de las caras sorprendidas de los transeúntes. Mientras pintaba al Papa éste le repetía con adolorida sonrisa: “Sean buenos, Uds. los chilenos, con los peruanos, sean buenos”, aludiendo a los conflictos limítrofes y a la pasada guerra del Pacífico.

Memorable fue también la audiencia que tuviera D. Ramón Subercaseaux con Pío X, a la que D. Pedro asistió. La octogenaria doña Magdalena Vicuña, madre de D. Ramón, se había enfermado gravemente y las noticias que llegaban desde Chile sobre su estado de salud hacían temer su pronto deceso. Don Ramón se animó a pedir a Su Santidad una oración especial para su madre. Pío X le respondió inmediatamente y sin vacilar: “Sua matre sta bene”, “Su madre está bien”. Don Ramón reiteró su petición, en la creencia de que el Papa no lo había entendido bien, pero este sólo tomó a decir “Sua matre sta bene”, extendió su mano para el beso acostumbrado y se volvió hacia otros visitantes. Padre e hijo abandonaron confusos la audiencia, pensando que no se habían expresado con suficiente claridad o que el Papa no había comprendido bien lo que se le había pedido. Pocos días después recibieron el telegrama de que doña Magdalena se había restablecido súbitamente. La anciana viviría aún 16 años más, para dejar a los suyos a la venerable edad de 96 años.

Los primeros planes de una fundación benedictina en Chile.

El primero que pensó en una fundación monástica en Chile no iba a ser D. Pedro sino su hermano menor, Juan. Este estudiaba desde 1912 en la Universidad Gregoriana de Roma. Había conocido a los benedictinos de Solesmes y pensaba con juvenil entusiasmo que podía interesar a los franceses en fundar en Chile. Su carta del 21 de septiembre de 1916 a su hermana Blanca revela algo de sus pensamientos y planes:

“Querida hermana:

Me dices que ya mamá te ha hablado de ese gran proyecto que con tanto cariño estarnos calentando aquí a la sombra de la cúpula de San Pedro, que es donde al menos moralmente deben nacer todas las empresas que no tiendan sino a extender el reino de la religión en la más perfecta unión con el centro de la Iglesia. Me alegro que ya seas tú también del número de nuestras confidentes en esta obra que actualmente va naciendo,

pero que ve un horizonte tan ancho delante de sí... Supongo que mamá te habrá puesto al corriente de todo lo que pensamos. Sabrás también nuestro estado de ánimo en lo que concierne a nuestro proyecto, la decisión de Manuel, de Jorge¹⁷⁵ y de algunos de nuestros amigos, el estado de expectativa en que yo me encuentro, decidido sin embargo a cooperar con las fuerzas que me sean posibles a la realización de tan bello ideal. Aquí hasta ahora todo nos anima a seguir adelante en nuestros deseos.. Hemos encontrado el apoyo de todos aquellos cuya posición desfavorable nos había hecho encontrar grandes dificultades. En los PP. jesuitas, que son de nuestra confianza, hemos tenido gran ayuda para fortalecer nuestras ideas que no son otras que dar gloria a Dios en la mayor medida que nos sea posible. El Cardenal Billot acoge la idea como suya, Monseñor Izquierdo se pone enteramente de nuestra parte. Hace pocos días vino a visitarnos Mons. Grosso, supernumerario pontificio que está casi siempre con el Sto. Padre y nos aseguró que el Papa no podría sino acoger con entusiasmo lo que sería de su mayor agrado y prometió a Manuel recomendarlo a Monseñor Samper para una audiencia privada.. Manuel pronto irá a Solesmes. De esta visita dependerá el proyecto. Creo que los monjes de allá no querían perder la ocasión de fundar en Chile un monasterio, que hace tanta falta”.

De este modo “Petit Jean” había develado el misterio de su gran plan. El joven seminarista se imaginaba estar sentado en el estrado de los que mueven la historia de la Iglesia y propugnaba su proyecto como una apasionante conjura. En la misma carta manifiesta también lo que entendía por fundación monástica:

“Cuánta falta hace en Chile un colegio a ejemplo de los benedictinos ingleses, en que se sepa unir al ejercicio del cuerpo el ejercicio del espíritu en las tareas intelectuales, que den la seria y completa ilustración que actualmente no abunda. Una de mis miras en lo que concierne a Sta. María de los Ángeles es formar un colegio a que acudan niños de todo Chile y ojalá también de otras naciones de América, bajo la dirección de los experimentados Padres de Solesmes. Si esa es la voluntad de Dios, espero disponer a este fin todas mis energías, aunque permanezca simple sacerdote secular en Santiago”.

Juan Subercaseaux se equivocaba al creer que los “experimentados Padres de Solesmes” estaban ansiosos de hacer una fundación en América del Sur y sobre eso, una de tipo educacional.

Manuel Larraín se dirigió, pues, a Quarr, donde residía la comunidad de Solesmes en exilio, obtuvo una entrevista con el abad, quien era nada menos que Dom Paul Delatte, y le explicó los planes del entusiasta grupo de seminaristas del Pío latino. Dom Delatte derramó sin quererlo un balde de agua fría sobre aquella juvenil hoguera, proponiendo que todos ellos se hicieran novicios en Quarr, para que después de un prudencial tiempo de probación pudieran ellos mismos hacer la fundación. Esto iba más allá de los “proyectos que con tanto cariño se calentaban a la sombra de la cúpula de San Pedro” y el asunto terminó sin pena ni gloria.

“Petit Jean” se sintió tremendamente decepcionado, pero había logrado palpar un poco más la realidad benedictina. Sus ideales se movían en el ámbito del monacato promotor de cultura y educación –en lo cual coincidía con casi todos sus contemporáneos–, sin captar aún el valor de un “ora et labora” escondido en Cristo. Pero ante todo le faltaba a él y a sus amigos la voluntad de entrega personal: se deseaba *tener* benedictinos en Chile, pero ninguno de ellos pensaba *ser* benedictino. Esta actitud iba a constituir por muchos años el talón de Aquiles de todo intento de trasplantar el monacato al “Finis Terrae” de América. Incluso más tarde, cuando la idea de monjes portadores de cultura y educación cedió a la de monjes liturgos y cultivados intérpretes del canto gregoriano, las iniciativas chilenas fallaban en este punto central: se quería experimentar la magia de los atrios sagrados y aspirar los inciensos de la alabanza, pero de preferencia desde la nave de la iglesia y junto a la puerta de entrada, muy lejos del dolor de una

¹⁷⁵ Se trata de Manuel y Jorge Larraín, futuros obispos de Talca y Chillán respectivamente.

conversión personal.

“Proclama mi alma”.

Pero el sacrificio, sin el cual no puede haber nada fuerte y vital en la Iglesia, se estaba preparando en el silencio y en el corazón de quien menos se esperaba: Después de catorce años de vida matrimonial Pedro y Elvira habían sentido la vocación a la vida religiosa y consagrándose cada uno a Dios habían resuelto entre ambos tomar sobre sí la cruz de la separación. Fue Elvira la que comenzó a hablar primero, proponiéndoselo varias veces a su esposo; pero él cada vez había rechazado la idea como algo intolerable. El llamado iría a repetirse, “doloroso y prometedor al mismo tiempo”. Durante una función de gala en el Teatro Municipal de Santiago, Pedro creyó sentir con inesperada intensidad el llamado a lo imperecedero. En el año 1919 emprendió con Elvira un viaje a Europa, en el curso del cual también visitó varias abadías. Estando en la misa conventual en Quarr Abbey se leyó aquel evangelio de Mateo 19,27: “El que a causa, de mi Nombre deje casa, hermanos o hermanas, padre, madre, hijos o campos, recibirá cien veces más y obtendrá como herencia la vida eterna”. Pedro y Elvira, que habían escuchado muchas veces estas palabras, aquella mañana las escucharon “como si hubieran sido dichas para ellos”. Saliendo de la misa caminaron largo rato en silencio con las manos entrelazadas. Por fin Pedro dijo, como al pasar: “¿Por qué no lo hacemos al fin?”. No era necesario explicarle a Elvira de qué se trataba. Sin dejar de caminar respondió con sencillez: “Cuando tú quieras”. Se trataba ahora de realizar los preparativos para dar juntos el gran paso y eso sin que la familia se enterara. Elvira decidió entrar en el Instituto de las “Damas catequistas” en Loyola, España. Pedro, en cambio, no se había comprometido con ninguna orden determinada.

A principios de 1920 toda la familia Subercaseaux se había dado cita en Roma para asistir a la ordenación sacerdotal de Juan. Pedro pasaba horas y horas rezando en diversas iglesias de la ciudad eterna. El 10 de febrero de 1920, fiesta de Sta. Escolástica, al orar junto a la tumba de S. Ignacio de Loyola en “Il Gesù”, adquirió la certeza de que estaba llamado para la vida benedictina. D. Pedro explica este paso en sus “Memorias” con su habitual sentido del humor: no es que la bienaventurada hermana del Patriarca de Montecassino hubiera estado a cargo de la divina moción, sino que la luz brotó como de rebote cuando D. Pedro, inclinado humildemente le preguntó a san Ignacio si quería que él ingresara a la Compañía de Jesús, recibiendo como respuesta un seco, rotundo y vizcaíno “No”. Una semana más tarde Pedro y Elvira, de rodillas ante el Sumo Pontífice Benedicto XV, le expusieron sus santos deseos. “Fue una conversación larga y casi familiar” escribiría D. Pedro después. El Papa dio su aprobación y los debidos indultos y bendijo de todo corazón la heroica decisión de la pareja.

Entre los Subercaseaux nadie vislumbraba nada de esto. Las manos se hacían pocas para los preparativos de la ordenación sacerdotal y primera misa de Juan y a nadie le llamó la atención que Pedro y Elvira aprovecharan todo rato libre para salir a caminar juntos por Roma. El sábado santo 3 de abril de 1920 Juan Subercaseaux recibió las órdenes sagradas en la basílica de Letrán y el domingo de Pascua, 4 de abril celebraba su primera misa en la iglesia de Nra. Sra. de Luján. Asistían emocionados D. Ramón, doña Amalia, Pedro, Elvira, León e Isabel. Pedro sirvió de acólito a su hermano menor, Elvira había cosido y bordado el alba del neo-sacerdote, la casulla provenía de las diligentes manos de tía Emiliana y la fiel cocinera María Aldasoro había obsequiado un lujoso cingulo. Siguiéron días de máxima felicidad y de familiar convivencia. Juan celebraba la misa en diversas basílicas de Roma y en las capillas de las catacumbas. El Santo Padre hizo saber a D. Ramón que no le disgustaría si su hijo Juan ingresara a la Accademia dei Nobili y por lo tanto, al servicio diplomático del Vaticano. También Monseñor Montini, amigo personal de Juan, le había dado el mismo consejo. Pero Juan prefirió retornar a Chile.

El 11 de junio de 1920, fiesta del Sacratísimo Corazón de Jesús la familia se separó de nuevo.

Doña Amalia anotó aquel día en su diario:

“Pedro y Elvira viajan esta tarde a España y mi corazón se siente acongojado, no sé por qué. Pedro y Elvira irradian su felicidad y su paz de siempre. Se despidieron de mí como suelen hacerlo con un beso y un ‘Adiós, mamacita’. Temo perderlos, temo no volver a verlos. Está sucediendo algo misterioso que no logro explicarme y así me refugio en el Corazón de mi Salvador. Nada podrá separarme de mis hijos. No, yo y mis hijos estaremos unidos por siempre”.

El 15 de agosto de aquel año, Pedro y Elvira se encaminaron juntos a la casa de noviciado de las Damas Catequistas en Loyola. Conversaban, como confiesa D. Pedro en sus “Memorias”, “de muchas cosas de este y del otro mundo”. En las puertas del noviciado los esperaba la M. superiora. Ya todo había sido preparado y estaba previsto. Los tres entran a la capilla. Se arrodillan ante el altar, la M. superiora al centro, Pedro a su izquierda, Elvira a su derecha. Algunos instantes de oración silenciosa. Pedro saca su reloj del bolsillo del vestón y mira la hora. Es la hora de Dios. Los tres se levantan y rezan juntos en voz alta el canto de María: “Proclama mi alma”, el *Magnificat*. Después del Gloria al Padre, Pedro hace lentamente una genuflexión ante el Santísimo y abandona con paso tranquilo, sin mirar hacia atrás, la capilla. Tampoco Elvira miró para atrás. “No hubo ni lágrimas, ni suspiros, ni ningún sentimentalismo” escribirá D. Pedro más tarde, “paz y alegría penetraban nuestros corazones”. La misma tarde D. Pedro tomaba el tren a Francia y de allí pasaba a Inglaterra, a la isla de Wight, para ingresar como postulante a la abadía de Quarr. Pedro y Elvira no volverían a verse más en esta tierra. Hasta el fin de sus vidas permanecieron en afectuoso intercambio epistolar, tratándose siempre de “hermano” y “hermana” y cada año en el día de la Asunción renovaban su entrega cantando el *Magnificat* de la Virgen. Pedro iba a morir en Chile, el año 1956; ella en España, en 1964.

Aquel 15 de agosto de 1920 comenzaba a nacer el monasterio de la Santísima Trinidad de Las Condes.

Don Ramón y Doña Amalia se encontraban justamente en Asís, cuando el 21 de agosto recibían dos cartas, una de Quarr Abbey y la otra de Loyola. Sus “hijos” les comunicaban su entrada a la vida consagrada. A pesar de los presentimientos de doña Amalia, la noticia la sorprendió y conmovió hasta lo más hondo. Era demasiado cristiana como para rebelarse, pero confiesa que al principio “no podía aceptarlo”. Don Ramón declara que el dolor de esta inesperada “pérdida” le arrebató el control sobre sí mismo y sintió ganas de volar hacia Quarr, para sacar a empujones a su hijo del “priorato” como llamaba despectivamente a la abadía de los monjes solesmenses en Inglaterra. En su opinión todo esto era inaudito y el Papa en persona debía intervenir para desautorizar tales “insensateces”. Se puso en contacto de inmediato con el sustituto de la Secretaría de Estado, que lo era en aquel entonces Mons. Tedeschini, en la esperanza de obtener por medio de él algo así como un edicto revocador. Doña Amalia anotaba en su Diario: “No me puedo resignar a perder de este modo a mis queridos hijos que durante catorce años por su matrimonio ejemplar fueron la alegría y el orgullo de toda la familia. Pero Pedro le pertenece más a Dios que a mí. El Padre celestial lo ha llamado y él ha obedecido. ¿Cómo no vamos a acatar la decisión de Dios?”.

La respuesta de Mons. Tedeschini no se hizo esperar:

Ciudad del Vaticano, 17 de septiembre de 1920.

Estimado Sr. Subercaseaux;

Su Santidad ha seguido con especial interés el camino de su querido hijo Pedro. El Santo Padre es de la opinión de que la decisión de D. Pedro no fue ni precipitada, ni producto de influjos externos. Su edad y su carácter lo capacitan para obrar con pleno discernimiento. Su entrada al monasterio se debe a la eximia devoción que siempre ha ornado su alma y de la cual sólo son “culpables” sus padres tan amados. Su hijo Pedro,

que era feliz en el mundo y en la libertad y que sin embargo prefirió la pobreza de Jesucristo para seguir el camino de perfección, se convertirá en un luminoso ejemplo para todos y dará nuevo lustre a la nobleza de su familia.

El Santo Padre comprende y comparte con Ud. el tan sensible dolor de su corazón de padre, pero al mismo tiempo exhorta a Ud. a someterse al amoroso designio de Dios. El paso que ha dado su hijo mayor vincula a su venerable y tan cristiana familia aún más íntimamente a la Iglesia. Es para mí una verdadera alegría impartir a Ud. y toda su familia la bendición apostólica y expresarle mi deseo de servirle en el Señor.

Tedeschini

Esta carta de la Secretaría de Estado cayó sobre la familia “como rocío del cielo”, escribe doña Amalia. Era para ellos la voz del Papa y D. Ramón comenzó a sentir, en medio de su pena, un secreto orgullo por su hijo.

El P. Edmund, director espiritual de doña Amalia, le escribió las siguientes consoladoras palabras:

“El Señor conduce a su hijo Pedro por caminos maravillosos. El matrimonio se convirtió para él en preparación a la vida monástica. En siglos pasados esto no era tan insólito como ahora. ¡Qué hermoso es todo esto! ¡Cuánto más noble es ser la madre de un santo monje que de un pintor famoso! Pero lo uno no excluye lo otro. Supongo que Pedro podrá seguir pintando en el monasterio, como lo hizo Fra Angelico... En la valiente y sacrificada separación de su esposa, que tanto amaba, por el amor siempre superior de Dios, reconozco el alma de Ud., Doña Amalia. El sacrificio del que fue capaz, brota del corazón de su madre...”.

Cada carta desde Loyola o Quarr conmovía a doña Amalia hasta lo más hondo. “No estoy a la altura de mis hijos”, anota en su diario, “soy demasiado carnal. Quisiera tenerlos siempre junto a mí y no me puedo imaginar nuestra casa sin ellos. Con lágrimas no ceso de rezar el *Magnificat*”.

Pax benedictina.

D. Pedro había buscado una vida de oración y de trabajo en el silencio y la había encontrado. En la abadía de Quarr lo que más cautivaba su espíritu era la paz y la tranquilidad, “tan espesa que parecía que uno la podía respirar”. Tan hondamente se hundía en aquella paz que cuando alguien le preguntó si era su deseo llevar el monacato benedictino a Chile, respondió con un “No” rotundo. Estaba contento y dichoso en su nueva vida y no pensaba en “grandes cosas”. Confiesa que al principio tenía sueños inquietantes en las noches: siempre veía a Elvira en el hogar, en la huerta, caminando junto a él, pero había algo extraño que los separaba, algo que él no sabía explicar. Muchas veces extendía la mano hacia su mujer, pero ella permanecía inmóvil sin responder su saludo, sin levantar a su vez la mano para entrelazarla con la suya. Optó por contar estos sueños a su maestro de novicios, quien le ayudó bondadosamente a superar aquellas visiones del pasado. Le concedió una celda amplia con una gran mesa de dibujo y todo lo necesario para que ejerciera su antigua profesión. Pocas semanas después de su ingreso al monasterio retornaba el abad Dom Delatte, después de una ausencia un tanto prolongada. El maestro de novicios presentó a sus veinte (!) nuevos novicios al abad. La mirada del Padre espiritual del monasterio era bondadosa y un tanto picaresca, pero sus palabras parecían duras y abruptas. Sus ojos se fijaron en D. Pedro y le mandó presentarse solo en la próxima ocasión. El postulante, con sus ya cuarenta años auestas, sentía temor de este encuentro. Según costumbre solesmense D. Pedro entró a la celda del abad sin golpear, pero deteniéndose junto a la puerta. Era costumbre no acercarse más hasta que el superior lo invitara a ello. Dom Delatte escribió junto a su mesa. Después de algunos instantes de silencio alzó la mirada y le dijo al encogido postulante: “Eh bien, mon enfant, cela va bien?”. A. D. Pedro no le disgustó aquel “mon

enfant”, a pesar de sus cuarenta años, por el contrario, ello le daba en aquella vasta estancia abacial un sentimiento de seguridad, de hogar. Se acercó y contestó azorado: “Trés bien, mon Père Réverendissime”. El abad alabó sus hermosas ilustraciones de la vida de san Francisco de Asís: “*Cest très bien, mon enfant*. Y ahora pinte Ud. la vida de Nuestro Padre san Benito. Pero no se apresure. Hágalo con mucha paz, porque el trabajo de un benedictino debe brotar de la paz y conducir a ella”. Le impartió su bendición, D. Pedro salió de la estancia abacial y “de inmediato” comenzó a dibujar los bocetos de la “Vida de san Benito”. Los magníficos originales se conservan hasta el día de hoy en el monasterio de Las Condes.

Pasaban los meses y D. Pedro se acostumbraba cada vez más a la vida en la abadía de Quarr. Un año después de su entrada sus padres y hermanos irían a visitarlo por primera vez. Don Ramón y sus dos hijos, Juan y León, se hospedaron en la hospedería del monasterio, mientras que doña Amalia y su hija Isabel encontraban su refugio en una casita en la cercanía del monasterio y perteneciente a él.

“¡Que alegría, escribe doña Amalia, cuando nos recibió Pedro en las puertas de la abadía con su hábito negro de benedictino. La alegría de su rostro, la prontitud de su saludo, su habitual tranquilidad, todo nos hablaba de su felicidad. El monasterio no es oscuro, como yo me había imaginado, sino muy agradable. Apenas nos encontramos en el locutorio recibimos una demostración de la tan famosa hospitalidad benedictina: vino un hermano con una bandeja cargada de pancitos y bebidas. Y esto habría de repetirse cada vez que visitábamos a Pedro”.

Doña Amalia pasó todo un mes en esa casita y le parecía que aquellos treinta días eran de los más felices de su vida. A pesar de que en el pasado había visitado muchas iglesias y monasterios comenzaba a apreciar recién entonces el valor de la vida monástica.

“Gozo la paz que irradia de este paisaje verde,, con sus árboles, las vacas y las ovejas que pacen en infinita tranquilidad”, anota a fines de julio de 1921 en su diario. “La abadía está muy cerca. Varias veces al día entro a la iglesia, rezo todo lo que el corazón me da, participo en los oficios divinos y canto los salmos con mis hijos Pedro y Juan. Me siento como eximida del mundo, sin noticias, sin correos, sin inquietudes. Sólo Dios. Orar, leer y volver a orar. Gracias a la amabilidad del P. bibliotecario nunca me falta la buena lectura”

El 15 de agosto de 1921, primer aniversario de la separación de Pedro y Elvira se iba a convertir en una fiesta de familia.

“Pedro nos rogó al final de nuestra visita que nos acordáramos todos juntos de Elvira. ‘Hace un año rezamos con Elvira el *Magnificat*, antes de separarnos, ¿quieren Uds. que este año también lo recemos?’. ‘Con mucho gusto, le contesté, hijo mío, pero ya sabes que el espíritu está pronto, pero la carne es débil’. Así rezamos todos unidos el *Magnificat*: Ramón y yo, vacilantes y en voz baja, Pedro y Juan con voces alegres y viriles”.

Aquel día se separaron en emocionado silencio. Poco después debían decirse adiós, ya que don Ramón y doña Amalia se disponían a retornar a Chile, después de año y medio de estadía en Europa. Pedro los acompañó hasta el pequeño barco que los iba a llevar a Southampton.

“Mientras el barco se alejaba veíamos a Pedro, haciéndonos señas desde la orilla, mientras el viento hacía flamear su escapulario de monje”, escribe doña Amalia. “Pero dejemos ahora toda vacilación y toda mirada hacia atrás. Pedro y Elvira se convertirán en santos, darán gloria a Dios y nosotros participaremos también algo en su rica cosecha. *Deo gratias*”.

Deo gratias

Con esta palabra concluía doña Amalia su diario y ella constituiría algo así como un lema para los últimos años de su vida y para la etapa que vivía su hijo Pedro.

En el año 1922 las circunstancias políticas en Francia permitieron el retorno de las desterradas comunidades religiosas a su patria. La comunidad de Solesmes decidió finalizar su exilio de veinte años en Inglaterra para retornar a la abadía junto al río Sarthe. D. Pedro pertenecía al grupo de quince religiosos destinado a permanecer en Quarr bajo la dirección del P. Prior Dom Bouvet. La familia monástica tan drásticamente reducida sentía como si se perdiese en el coro semi vacío de la iglesia abacial. Para D. Pedro iba a finalizar el noviciado de dos años y el 7 de abril de 1923 podía hacer sus primeros votos. No asistió esta vez ningún miembro de la familia. Pero aquel mismo día, a la misma hora en Loyola de España doña Elvira hacía también sus votos.

Después de su profesión simple D. Pedro recibió diversos encargos pictóricos, que cumplía poco a poco, en la paz que Dom Delatte tanto le había recomendado. No le afectaba en absoluto cuando sus hermanos de religión se mostraban indiferentes o incluso burlones frente a su arte. Es muy característico de él lo que escribe a este respecto en sus “Memorias”: “Seguía con mucha paz en mis trabajos, sin preocuparme ni de las alabanzas, ni de las burlas, vivir como amigo de mis hermanos era para mí lo más importante. Hay artistas que afirman no poder crear si les falta el medio ambiente apropiado. Yo diría: El medio ambiente se lo crea el mismo artista”.

En aquella época su padre ocupaba el cargo de Ministro de Relaciones y en 1924 fue nombrado embajador de Chile en el Vaticano. El 29 de junio de 1924 sus padres reaparecían en Quarr para celebrar con él su onomástico. Fueron sólo pocos días de convivencia antes de que los Subercaseaux prosiguieran viaje a Roma para hacerse cargo de la embajada. Doña Amalia disfrutaba las vísperas y las completas en la iglesia abacial. Cierta vez, al salir del oficio divino dijo a los que la acompañaban: “¿Cuándo iremos a tener en Chile una alabanza de Dios tan perfecta? ¿Cuándo lograremos fundar un monasterio benedictino?”. Alguien observó que estaban los benedictinos españoles en Puente Alto y en Viña del Mar, tan solícitos en la cura de almas. “Me parece, respondía doña Amalia, que un monasterio benedictino debe ser una escuela de adoración, un centro de liturgia perfecta”. Era esta una visión de lo benedictino ya bastante diferente de aquella abadía pedagógica de Nuestra Señora de los Ángeles con la que había soñado su hijo Juan doce años atrás. Desde entonces doña Amalia se iba a constituir en propugnadora de la fundación solesmense en Chile.

“Me alegro de que estés trabajando en el apostolado litúrgico”, escribió por aquellos días a su hijo Juan, que de regreso a Chile y nombrado vicario en la parroquia de S. Miguel, se había iniciado con aquella forma de actividad pastoral hasta entonces bastante desconocida en Chile. “La liturgia es para mí el camino más seguro a la santidad, la base de una piedad sólida y al mismo tiempo la prédica más eficaz de nuestra religión. Por medio de la liturgia nos unimos más estrechamente a la Iglesia, la fuente de toda belleza y santidad”.

D. Ramón, por su parte, describe de la siguiente manera su estadía en Quarr en 1924:

“Pasamos días felices en aquella bella isla. Quizás sea ingenuo de mi parte Si digo que no hay compañía más grata que la de nuestro querido Pedro. Algunos de nuestros amigos lo llaman medio en broma ‘delicia generis humani’”.

Desde Quarr los Subercaseaux se dirigieron a Asís, donde pasaron el verano en compañía de Gabriela Mistral. La gran poetisa escribió a propósito de Doña Amalia uno de sus “Recados”

D. Pedro retornó a Quarr Abbey el 31 de octubre. Su madre retuvo de él la imagen de la paz y la libertad espirituales. Agradecida repetía su “Deo gratias”.

La muerte de doña Amalia

A fines de 1929 D. Ramón y su esposa retornaban por primera vez de vacaciones a Chile y de nuevo pasaron por Quarr. El 1º de diciembre los Subercaseaux querían anticipar la fiesta de sus bodas de oro. Propiamente aquel aniversario era en marzo de 1930, pero en esa fecha el embajador tenía que estar de vuelta en Roma. De este modo la última gran fiesta de familia de doña Amalia tuvo lugar en Adviento. En una carta que escribió a su hijo en Quarr observaba:

“Las palabras del Canto de entrada de la misa de hoy ‘*Ad te levavi oculos meos*’ me tocan más hondamente que otras veces. Siento que mi tiempo ha pasado y levanto mis ojos al Señor. ‘*Dies autem appropinquabit*’: sí, el día de la eternidad”.

En los espaciosos salones de la casa de la llamada “Chacra Subercaseaux” había aquel 1º de diciembre y primer Domingo de Adviento, gran movimiento. Después de la misa solemne en la parroquia de San Miguel, celebrada por D. Juan, y en la cual un sinnúmero de nietos y nietas, sobrinos y sobrinitas hizo su primera comunión, la familia entera cantó un “Te Deum” bien ensayado y en latín. D. Ramón y doña Amalia participaban emocionados en el coro. En la tarde el Nuncio apostólico confirmó a todos los niños que en la mañana habían recibido la primera comunión. La celebración de las confirmaciones tuvo lugar en la capilla de piedra que se había levantado por diligencias de Juan Subercaseaux en las alturas del cerro San Cristóbal a 500 m por encima de los techos de Santiago. Juan, el soñador, decía a todos que a lo mejor junto a esta capilla iría a levantarse la futura abadía benedictina.

En febrero de 1930 D. Ramón y doña Amalia se embarcaron de nuevo en el “Giulio Cesare” con destino a Génova. Su proyecto era renunciar al cargo de embajador algunos meses después de su retorno a Roma. En retornando a Chile pensaban dedicar todas sus fuerzas a “conseguir” la fundación monástica. Cuatro días antes de llegar al puerto de Barcelona, doña Amalia sintió malestares y prefirió quedarse acostada en su camarote. D. Ramón y sus amigos pensaban que se trataba de una dolencia pasajera, pero doña Amalia les quitó esa ilusión al comunicarles que quería confesarse y comulgar para morir. Como no podía levantarse de la cama el capellán del barco organizó todo para una celebración eucarística junto a la enferma. Muchas amistades comenzaron a visitar a doña Amalia, entre otras, don Ramiro de Maeztu, embajador de España en Argentina, que se encontraba también en la misma travesía. Con amable sinceridad doña Amalia les dijo a todos que esperaba su deceso muy pronto y que deseaba quedarse sola para pasar los últimos momentos de su vida en oración. De este modo estuvo toda aquella tarde y hasta medianoche orando, acompañada solamente por su esposo. A las 4 de la madrugada vino el capellán para comenzar la celebración de la Eucaristía. Doña Amalia seguía cada uno de sus movimientos con ojos atentos. Los esposos comulgaron juntos, como tantas veces lo habían hecho en cincuenta años de vida matrimonial bendita. Terminada la misa el sacerdote confirió a doña Amalia el sacramento de la unción. Al ver los ojos de su esposo anegados en lágrimas la enferma, con un ligero movimiento de sus manos, lo llamó junto a sí. Movi6 sus labios como para dar un beso. Don Ramón se acercó, tomó la mano de su esposa, se inclinó sobre ella y la besó en la frente. Pocos instantes después la llama de su vida se apagó suavemente. Eran las 5,15 de la madrugada del 8 de marzo de 1930 y el transatlántico “Giulio” Cesare hacía su lenta entrada al puerto de Barcelona,

A partir de la muerte de doña Amalia los sucesos en torno a la fundación del monasterio iban a precipitarse.

(Continuará)

S. Benito de Llíu-Llíu